

Catherine Walsh

Editora

ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS

RETOS DESDE Y SOBRE LA REGIÓN ANDINA



**UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR**
Ecuador



**ABYA
YALA**

Quito, 2003



ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS
Retos desde y sobre la región andina

Catherine Walsh
Editora

Primera edición:
Universidad Andina Simón Bolívar / Abya-Yala
Quito, septiembre 2003

Diseño gráfico, armado e impresión: Ediciones Abya-Yala

Cubierta: Raúl Yépez

ISBN: 9978-19-050-3

ISBN: 9978-22-328-2

Los aportes publicados en este libro, son de responsabilidad de sus autores

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

¿Qué saber, qué hacer y cómo ver?

Los desafíos y predicamentos disciplinares, políticos y éticos de los estudios (inter)culturales *desde* América andina

Catherine Walsh | 11

I. ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS: PERSPECTIVAS CRÍTICAS

1. Las humanidades y los estudios culturales: proyectos intelectuales y exigencias institucionales
Walter D. Mignolo | 31
2. Apogeo y decadencia de la teoría tradicional.
Una visión desde los intersticios
Santiago Castro-Gómez | 59
3. Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder: crítica de la idea de ‘estudios culturales latinoamericanos’ y propuestas para la visibilización de un campo más amplio, transdisciplinario, crítico y contextualmente referido
Daniel Mato | 73

4. Historia de un asesinato por ocurrir, contado a la manera de una novela policiaca (o, colonialidad del poder y el futuro de los estudios culturales en América Latina)
Oscar Guardiola-Rivera | 113

II. (DES)IDENTIFICACIONES DISCIPLINARIAS Y LUCHAS DEL CONOCIMIENTO

1. Para una genealogía de la descolonización intelectual en los Andes
Zulma Palermo | 131
2. Literatura, subjetividad y estudios culturales
Mabel Moraña | 147
3. La literatura: entre el acontecimiento discursivo y la gesta real
Alicia Ortega | 153
4. La disciplina histórica en Latinoamérica. Una lectura con los estudios culturales
Alberto G. Flórez-Malagón | 159
5. Academia, lengua y nación: prácticas, luchas y políticas del conocimiento. Para una genealogía del campo académico en Colombia, 1853-1910
María del Pilar Melgarejo Acosta | 171
6. Génesis de la lucha disciplinaria: pugna por el control de una nueva nación colombiana, 1910-1950
Sandra Lucía Castañeda Medina | 189

III. (POS)MODERNISMOS, SUBALTERNIDAD Y VISIONES HISTÓRICAS

1. Pasados hegemónicos, memorias colectivas e historias subalternas
Alfonso Torres Carrillo | 197
2. Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley
Guillermo Bustos | 215

3. Familiares ocultos del discurso posmoderno sobre la cultura: utopía colonial y nostalgia fascista
Valeria Coronel | 243
4. Las nuevas aventuras de la vanguardia en América Latina: modernismo, mímica poscolonial y el mobiliario de Beatriz González
Víctor Manuel Rodríguez | 267

IV. TECNOLOGÍAS Y PRODUCCIONES DEL CONOCIMIENTO

1. La tecnicidad en búsqueda de los datos duros: estudios culturales y economías pedagógicas
Regina Harrison | 291
2. Descolonizar las tecnologías del conocimiento: video y epistemología indígena
Freya Schiwy | 303
3. La investigación de campo en los estudios culturales. Presuposiciones, fundamentos, amplitud y validez a partir de una etnografía en los Andes ecuatorianos
Miguel Huarcaya | 315

I

ESTUDIOS CULTURALES
LATINOAMERICANOS

PERSPECTIVAS CRÍTICAS

ESTUDIOS Y OTRAS PRÁCTICAS LATINOAMERICANAS EN CULTURA Y PODER

CRÍTICA DE LA IDEA DE ‘ESTUDIOS CULTURALES
LATINOAMERICANOS’ Y PROPUESTAS PARA LA VISIBILIZACIÓN
DE UN CAMPO MÁS AMPLIO, TRANSDICIPLINARIO,
CRÍTICO Y CONTEXTUALMENTE REFERIDO¹

*Daniel Mato**

Hace solo unos años, Jesús Martín-Barbero una de las voces más reconocidas como exponente de lo que algunos llaman ‘estudios culturales latinoamericanos’ y otros ‘Latin American Cultural Studies’ se sentía en la necesidad de hacer la siguiente declaración: “Yo no empecé a hablar de cultura porque me llegaron cosas de afuera. Fue leyendo a Martí, a Arguedas que yo la descubrí, y con ella los procesos de comunicación que había que comprender [...] Nosotros habíamos hecho estudios culturales mucho antes de que esa etiqueta apareciera” (1997: 52). Por su parte Néstor García Canclini, otra de las voces más reconocidas en ese campo, en una entrevista que le hiciera el *Journal of Latin American Studies*, sostuvo: “Comencé a hacer Estudios Culturales antes de darme cuenta que así se llamaban” [“I became involved in cultural studies before I realized this is what it is called”].

¿Por qué Martín-Barbero y García Canclini hacían estas declaraciones? ¿Por qué eran interrogados y por qué se veían en la necesidad de aclarar esto?

* Profesor titular y coordinador del Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela, Caracas. Coordinador del Grupo de Trabajo “Cultura y Poder” del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

1. LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS 'ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS': PROBLEMAS, RETOS Y OPORTUNIDADES

Desde hace poco menos de una década asistimos en América Latina a un proceso acelerado de institucionalización de eso que algunos colegas latinoamericanos han comenzado a llamar 'estudios culturales latinoamericanos'. Este proceso viene ocurriendo en diálogo y relación, y a veces también como consecuencia, del proceso de institucionalización de lo que nuestros colegas que trabajan en universidades de Estados Unidos, Inglaterra y Australia llaman en inglés *Cultural Studies* y de lo que algunos de ellos de manera complementaria denominan *Latin American Cultural Studies*.

Jesús Martín-Barbero y Néstor García Canclini emitieron las opiniones que reproduce más arriba al ser interrogados en el contexto de este proceso de institucionalización. Se trata de un proceso muy particular y significativo para la configuración que va tomando a nivel mundial este campo; para el establecimiento del sistema de valores y de supuestos epistemológicos en que se asienta; para el sistema de categorías de análisis, preguntas y modos de investigación que se consideran parte del mismo y los que no; para el sistema de autores que se consideran 'fundadores' y/o referencias ineludibles; etc.

El papel jugado en este proceso por ciertas relaciones transnacionales de trabajo, que inevitablemente se dan en el marco y reproducen relaciones de poder, es uno de sus rasgos significativos, tal que me parece fructífero caracterizarlo en los siguientes términos: se trata del proceso transnacional de institucionalización de los así llamados *Cultural Studies* a escala mundial, en un contexto histórico en el cual existen significativas relaciones de poder entre instituciones académicas e individuos de diferentes áreas del mundo, en el cual la expresión y publicación de ideas en idioma inglés ejerce particular influencia en el curso de la configuración del canon, o de los paradigmas fundamentales del campo. Esto se debe, particularmente, tanto a la preexistencia de relaciones de poder intersociales que responden a factores históricos de muy larga data, como a ciertas diferencias contemporáneas específicas en términos de magnitud, y recursos entre las universidades, editoriales y mercados profesionales como también las diferencias entre lectores de diversas áreas del mundo –algu-

nas de las cuales en última instancia se relacionan, al menos parcialmente, con algunos de esos factores históricos. Pero, no solo el uso del idioma inglés *en desmedro* del castellano o del portugués marca diferencias en el poder de definición del campo y sus paradigmas, también las marca el uso de estas lenguas coloniales hoy oficiales de los estados latinoamericanos *frente* a la expresión en lenguas indígenas que caracteriza las prácticas de no pocos intelectuales indígenas en varias sociedades latinoamericanas; particularmente, pero no solo, en países cuya población indígena representa poco más o menos la mitad de las respectivas poblaciones nacionales, como por ejemplo en Ecuador (véase, por ejemplo, Dávalos, 2002), Bolivia y Guatemala. Como también lo hace el que las prácticas basadas en medios universitarios –frecuentemente de carácter exclusivamente académico– tengan a la escritura como principal medio *con relación* a otros medios utilizados por intelectuales fuera de la academia: la oralidad presencial y/o diversos medios visuales y audiovisuales. Es no solo el inglés en desmedro de otras lenguas, sino también la escritura *frente* a otros medios –y esto además también es significativo en los países de habla inglesa, aunque no suele discutirse este asunto en ellos.

Más específicamente, podríamos decir que existe al menos una cierta influencia del proceso de definición del campo y su institucionalización, que se da en EE.UU. e Inglaterra, en lo que ocurre al respecto en América Latina. Podría argumentarse que lo opuesto también ocurre, sin embargo, la medida y manera en que se da una y otra influencia es muy diferente, y esto se debe, nuevamente, a la preexistencia y permanente reproducción de relaciones de poder entre las sociedades en cuestión, sus sistemas educativos e instituciones académicas, así como en el mercado editorial. Así, resulta que no es de extrañar la preeminencia de representaciones y referencias del campo producidas en inglés, pero además –y por lo antes dicho respecto de la hegemonía de la escritura como medio y meta– tampoco debe sorprendernos la tan paradójica como indiscutida hegemonía de la idea de ‘estudios’ (*studies*) para definir un campo de ‘prácticas intelectuales’ cuyo carácter político ha sido enfatizado tanto por quienes hoy se autoidentifican como partícipes de él, como por aquellos frecuentemente señalados como sus ‘fundadores’ (Williams, Hoggart, Hall) en las narraciones de la historia del campo, las cuales indefectiblemente suelen remitir sus orígenes a las prácticas del grupo de intelectuales del Birmingham Centre for Contemporary Cultural Studies (CCCS) (ej. Turner, 1992). ¿Es qué acaso un campo proclamadamente político solo da lugar a ‘estudios’? ¿Y es que solo se puede participar en él produciendo ‘es-

tudios'? ¿Qué sucede con otras formas de práctica intelectual?, ¿dónde quedan las prácticas no escritas en el seno de movimientos sociales, las prácticas en artes visuales, o en cine, etc.? Volveré sobre este escriturocentrismo más adelante en este texto, pero antes me parece necesario continuar con la argumentación de orden –digamos– geopolítico.

Desde luego, ésta no es la primera vez en la historia de las ideas, las disciplinas o las teorías que los paradigmas o el canon se forman, con fuerte incidencia de relaciones jerárquicas entre diversas comunidades académicas o intelectuales. No obstante, que no sea la primera vez que ocurre, no es razón para silenciarlo. Pero, además, lo que ocurre en este período histórico, que podemos caracterizar como 'tiempos de globalización', es que la fuerza y los modos en que operan estas relaciones jerárquicas tienen sus particularidades. No es mi objetivo ahondar ahora en este análisis, pero conviene al menos esbozarlo. Para esto, resulta útil hacer referencia a algunas de las conclusiones a las que he arribado en mis investigaciones acerca de la producción transnacional de representaciones sociales políticamente significativas en el establecimiento de los programas de acción de algunos movimientos sociales en América Latina.

Dicho de manera muy breve y esquemática diversos estudios de caso me han llevado a concluir que, en estos tiempos de globalización, la producción de representaciones sociales por parte de actores sociales significativos –como por ejemplo organizaciones indígenas, cívicas, ambientalistas, etc.– se relaciona de diversas maneras con su participación en sistemas de relaciones transnacionales, de los que participan también actores locales de otros países y actores globales. Esos casos también me han permitido observar cómo –gracias a una mayor disponibilidad de diversos tipos de recursos– los actores globales no solo promueven sus propias representaciones y orientaciones de acción a través de sus relaciones bilaterales con actores locales, sino también a través de la promoción de eventos y redes de trabajo entre actores locales de varios países organizados en torno a sus propias representaciones; con lo cual podríamos decir que participan en condiciones 'ventajosas' en los procesos transnacionales de producción de representaciones sociales políticamente significativas. Todo esto no implica que esos actores locales adopten sin más las representaciones sociales que promueven los actores globales, sino que elaboran sus propias representaciones en el marco de esas relaciones transnacionales. Así, resulta que las representaciones que orientan sus acciones se relacionan de manera significativa, pero de formas diversas, con las de los acto-

res globales. Si bien en algunos casos esto implica la adopción de ciertas representaciones y de las orientaciones de acción asociadas a ellas, en otros significa crítica, rechazo o resistencia, en otros negociación, en otros apropiación creativa. En fin, el estudio de casos verifica, tanto que las relaciones son ineludibles, como que se establecen distintos tipos de relaciones entre estas representaciones y orientaciones de acción; esto puede observarse en la producción tanto de representaciones de identidades y diferencias étnicas y raciales, como de ideas de desarrollo sostenible, sociedad civil y otras (para estudios de casos ver ej. Mato, 1999 y Mato, 2001a).

Lo que vengo observando –en última instancia, como participante... crítico, sí, pero de un modo u otro, participante– me lleva a pensar que algo análogo está ocurriendo con la producción transnacional de representaciones del campo que, a nivel mundial, se viene nombrando como *Cultural Studies*. Las voces que tienen mayor poder para establecer qué es y qué no es este campo, el sistema de inclusiones y exclusiones (de temas, enfoques, autores, etc.) son las que se expresan mediante publicaciones en inglés. Así, se ha venido configurando un canon que aunque se exprese en varios idiomas y luego incluso incorpore otras voces, resulta que, básicamente, se escribe en inglés, o, se escriba en el idioma que se escriba, de todos modos se produce en inglés.

Ahora bien, en el caso específico no ya de los *Cultural Studies* (CS), sino de los *Latin American Cultural Studies* (LACS) (y mantengo el nombre en inglés porque me refiero al campo que se construye en inglés, básicamente en medios académicos de Estados Unidos e Inglaterra) esto es ‘más controvertido’ y a la vez más delicado políticamente que en el de los CS sin adjetivo. Digo ‘más controvertido’ porque en la constitución del canon de este subcampo también participan voces que hablan desde América Latina, o al menos que son originarias de América Latina, aunque en la actualidad algunas de ellas hablen en el marco de instituciones académicas de países de habla inglesa. Esto ocurre de diversos modos: de manera directa o mediante portavoces y traductores (no solo en el sentido lingüístico del término, sino también en el de mediadores entre contextos, en ambos casos forzosamente apareados al adagio popular de ‘traductor traidor’) y por diversas razones: básicamente, por apertura a esas voces o por construcción de legitimidad, o, combinadamente, por ambas razones. Y digo ‘más delicado políticamente’ porque los LACS no solo están vinculados a los CS, sino a lo que en inglés se llaman *Area Studies* (estudios de

área o regiones del mundo, como por ejemplo: estudios latinoamericanos, africanos, asiáticos, etc.) y esto agrega nuevos ingredientes. Particularmente por la herencia que cargan los *Area Studies* de su origen asociado a proyectos imperiales, a la producción de conocimientos para uso en las metrópolis acerca de pueblos y naciones dominadas, o que se proyecta dominar. Esta herencia, a la que se enfrentan y cuestionan muchos de nuestros mejores colegas de Estados Unidos y Gran Bretaña, marca, no obstante, el sistema fundante y fundamental de preguntas, modos de investigación, etc. de los *Area Studies*².

El caso es que, dadas esas relaciones transnacionales de carácter jerárquico y que involucran relaciones de poder, el canon y/o los paradigmas de qué son y qué no son CS, e incluso LACS; y cuáles orientaciones de trabajo (éticas, epistemológicas y políticas) son incluidas, y cuáles no, en la conformación del campo, se forman en buena medida en EE.UU. y/o en el contexto de relaciones de diversa índole con la academia estadounidense. La academia estadounidense ha canonizado particularmente un libro de Martín-Barbero (*De los medios a las mediaciones*) y dos de García Canclini (*Culturas híbridas* y *Consumidores y ciudadanos*) como paradigmas (en el sentido restringido que daba Thomas Kuhn a este término en su clásico *La estructura de las revoluciones científicas*, el de realizaciones ejemplares que sirven de referencia a una comunidad académica) de los LACS. Pero, lo más interesante del caso es que en ocasiones incluso las obras de estos dos autores, las cuales se han traducido al inglés y se utilizan en numerosos cursos en EE.UU. son –digamos– ‘subalternizadas’. Así, por ejemplo, a Néstor García Canclini en más de un foro le han pedido que explique la relación de su obra *Culturas híbridas* con la idea de ‘hibridación’ de Homi Bhabha. Esto me lo comentó el mismo García Canclini a la salida de uno de estos foros, quien además me explicó que para la época en que escribió *Culturas híbridas*, como para la época en que le formularon por primera vez esa pregunta, el no había leído a Bhabha. Pero, no solo sucede esto, sino que, además, ocurre que sus obras son ‘leídas’ de maneras particulares, maneras que se relacionan con los contextos institucionales de las universidades de EE.UU. y sociales de la sociedad estadounidense, y que estas lecturas luego son exportadas hacia América Latina (ej. Beverley, 1996).

La existencia de estas relaciones de poder entre la academia estadounidense y la de diversos países latinoamericanos tiene diversas consecuencias. En primer lugar ocurre algo que ya ha sido expresado por numerosos

colegas latinoamericanos: que muchos de quienes trabajan en el marco de instituciones académicas de Estados Unidos frecuentemente no consideran los aportes teóricos hechos desde América Latina, o que cuando lo hacen los asumen subordinados a los que se escriben en inglés (ej. la pregunta acerca de Bhabha formulada a García Canclini). Nótese que mi argumento al respecto no refiere al lugar de nacimiento de unos u otros autores, sino a la lengua y al marco institucional de trabajo. Desde este punto de vista resulta irrelevante el lugar de nacimiento de un autor (para el caso del ejemplo antes mencionado, el de Homi Bhabha), a la vez que, por otro lado, abre todo un ámbito de situaciones polivalentes en lo que hace relación tanto a obras traducidas al inglés, como a aquellas otras que son escritas y publicadas directamente en inglés por autores que residen en países no angloparlantes (entre los cuales me incluyo). Este des-conocimiento, este no-reconocimiento, en no pocos casos ocurre simplemente por incapacidad de algunos colegas angloparlantes para leer castellano o portugués. En otros, solo cabe explicárselo por una actitud en definitiva arrogante, asociada a las relaciones de poder a escala mundial que algunos de estos mismos colegas critican, mas solo respecto de los estados y las corporaciones transnacionales, pero sin extender su reflexión a sus propias prácticas. Afortunadamente, hay numerosas excepciones. El caso es que esta práctica de no-reconocimiento afecta las posibilidades de circulación internacional del trabajo de los investigadores latinoamericanos que producen en castellano y portugués. A la vez, debido a la existencia de no pocas actitudes colonizadas en América Latina, esto también incide en las posibilidades de reconocimiento e incorporación de estos aportes en América Latina; al menos por parte de quienes esperan que las contribuciones de autores latinoamericanos sean reconocidas en Europa o Estados Unidos para recién entonces considerarlos seriamente.

Lo más preocupante de todo esto es que por las dinámicas del reconocimiento y el no-reconocimiento ya señaladas, así como por otras, resulta que nosotros mismos (intelectuales de diferentes países latinoamericanos) en no pocas ocasiones tendemos a poner más atención a lo que se produce fuera de la región y a ignorar lo que se produce en ella. En ocasiones, también tendemos a valorar y considerar lo que se produce en la región solo una vez que es reconocido fuera de ella. Ésta es una peculiaridad que se relaciona con nuestra historia colonial y nuestro presente —digamos— neocolonial, poscolonial, subordinado o como deseemos llamarlo. Pero esto no solo se debe a nuestra mentalidad ‘colonizada’, sino también a dificultades prácticas relacionadas, por ejemplo, con el escaso in-

tercambio de información entre nuestras universidades y editoriales (lo cual no está desvinculado de ese tipo de mentalidades); la casi inexistencia de revistas académicas y/o de artes e ideas con buena distribución a nivel abarcadoramente latinoamericano; la menor disponibilidad de becas para que los colegas de un país latinoamericano hagan su posgrado en otro país de la región, en comparación con las que hay para hacerlos en EE.UU. y algunos países europeos; y otras circunstancias análogas. Estos problemas se relacionan con un complejo conjunto de factores que desde hace tiempo han preocupado a algunos intelectuales latinoamericanos, y que han dado lugar a varios intentos de respuesta, como por ejemplo la creación de organismos de coordinación e intercambio como CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales), el cual vincula a colegas de más de cien centros en América Latina a través de grupos de trabajo, becas, un campus virtual y otros mecanismos. No obstante, esas respuestas hasta ahora han resultado insuficientes, por lo que requieren nuestra mayor atención, cada vez más urgentemente en vista de los retos que plantean los procesos contemporáneos de globalización.

Pero es necesario llevar el análisis de los retos y oportunidades que plantea la creciente institucionalización de los llamados LACS, y en diálogo con ellos de lo que algunos colegas llaman los ‘estudios culturales latinoamericanos’ (ECL), más allá de lo que es la formación del canon al interior de esos postulados. Para ello, pienso que una manera fructífera de comenzar es visualizando la existencia en América Latina de *un amplio campo de prácticas intelectuales en cultura y poder*, el cual no solo comprende a los medios universitarios y la producción de ‘estudios’ que asumen la forma de publicaciones académicas, sino también otros tipos de prácticas que también poseen carácter reflexivo y que se relacionan con las de diversos movimientos sociales (ej. feminista, indígena, afrolatinoamericano, de derechos humanos, etc.), y/o con ‘las artes’ (este texto no es apropiado para discutir esta denominación que adopto aquí solo para fines prácticos). Estas otras prácticas involucran no solo la producción de ‘estudios’ como también otras formas con componentes reflexivos o de producción de conocimiento. Algunas suponen trabajo con diversos grupos de población en experiencias de autoconocimiento, fortalecimiento y organización, otras son de educación popular y otras se relacionan con los quehaceres de creadores en diversas artes. En fin, se trata de un espectro muy amplio de prácticas que no es posible nombrar exhaustivamente, sino solo conceptualmente, y es por eso que apelo a la denominación genérica de *prácticas intelectuales en cultura y poder*. Para ilustrar mejor esta

idea de ‘otras prácticas’ más adelante señalaré un conjunto numeroso pero necesariamente acotado de experiencias de este tipo, algunas de las cuales, además, son tratadas en textos incluidos en las publicaciones del proyecto “Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder” (ej. Basile, 2001; Dávalos, 2002; El Achkar, 2001; Ferreira de Almeida, 2001; Illia García, 2002; Jesús “Chucho” García, 2002; Juhasz, 2001; Sant’Anna, 2002; Tinker, Salas y Valle, 2002; Vargas, 2001; Walsh y García, 2002).

Me parece necesario enfatizar que la amplitud de la diversidad de estas prácticas (inclusiva tanto de ‘estudios’ como de ‘otras prácticas’), así como las formas de articulación que pueden observarse entre ellas, responden a procesos históricos específicos de diversos contextos, tanto de dilatada trayectoria, como más recientes. Estos procesos se vinculan en última instancia tanto con la historia larga de estas poblaciones humanas (incluyendo en esto procesos que se inician con la conquista, colonización, importación de esclavos africanos, descolonización, colonialismo interno, etc.) como con procesos más recientes (los proyectos de ‘modernización’, el auge y declinación de las izquierdas latinoamericanas, las dictaduras militares, la Guerra Fría en diversos escenarios locales, los avances de los movimientos indígena, feminista, afrolatinoamericano, de derechos humanos, en las artes, etc.). En la mayoría de las sociedades latinoamericanas (también en otras, pero no son esas otras el objeto de mi argumentación) este campo históricamente ha exhibido –y también en la actualidad muestra– vínculos entre lo que ocurre en las universidades y lo que ocurre fuera de ellas. Este campo, que es complejo y polifacético, raramente nombrado como tal pero reconocible, está siendo afectado por la entrada en escena de la producción transnacional de representaciones de la idea de *Cultural Studies* y su asociada estudios culturales latinoamericanos. Por supuesto, siendo tan vasto el campo, la incidencia de la entrada en escena de esta denominación y manera de organizar y reagrupar prácticas no tiene tanta importancia en todos sus ámbitos específicos, sino que la tiene especialmente en algunos. Por ahora la tiene particularmente en algunas universidades, solo que en ellas se forman muchos de los intelectuales que simultánea o posteriormente actúan en otros espacios sociales.

Ahora bien, lo que puede observarse en las universidades, particularmente entre quienes estudian o enseñan en escuelas o departamentos de las llamadas ciencias sociales y humanidades, es que la producción de representaciones de la idea y el campo que viene denominándose ‘estudios

culturales latinoamericanos' resulta de los entrecruzamientos entre las prácticas de académicos e intelectuales de América Latina con las de colegas, universidades, asociaciones académicas, editoriales y revistas académicas no solo de otros países latinoamericanos, sino también de Estados Unidos y Gran Bretaña. Esto no puede ni debe ser calificado en términos de 'bueno' o 'malo', sino que debe ser analizado de manera específica en los diversos contextos en que tiene lugar y desde los puntos de vista de diferentes comunidades intelectuales y sus intereses. Por ejemplo, personalmente valoro el que este sistema de relaciones contribuya a debilitar las rigideces de las disciplinas y el poder de las instituciones guardianas de esas fronteras (sociedades profesionales, escuelas y departamentos) y a favorecer el desarrollo de iniciativas transdisciplinarias, así como también a desafiar los discursos sobre la supuesta objetividad de las ciencias sociales (como sabemos, nada más subjetivo que tal pretendida 'objetividad'). Pero me preocupa que este sistema de relaciones tienda a estimular la sobrevaloración de tendencias intelectuales de los centros y la vinculación a ellas, a la vez que a desestimular la valoración de y vinculación con las prácticas desarrolladas por intelectuales locales en una amplia diversidad de movimientos sociales y otros ámbitos más allá de las universidades. Fascinación por lo metropolitano, que una vez más podemos observar en la historia de estas sociedades, solo que ahora se ve favorecida y facilitada gracias a las prácticas crecientemente globales de los colegas e instituciones del 'Norte' y a las tecnologías comunicativas, a la vez que por la creciente escasez de recursos locales para realizar investigación, becas de estudio, etc., asociados a las restricciones aplicadas a las universidades públicas en el marco de las políticas neoliberales. Me preocupa lo que esto muchas veces supone en términos de recolonización intelectual y desarticulación de redes locales, así como la fascinación que ejerce la posibilidad de cierta politización –solo– retórica de los discursos producidos en ámbitos académicos, la cual, no accidentalmente, resulta que no se acompaña de alguna preocupación por construir mediaciones con actores sociales locales, 'de carne y hueso'.

Encarar el asunto desde este otro punto de partida, no solo nos permite apreciar la amplitud y diversidad del campo con independencia de las representaciones y canon asociados a la idea de *Cultural Studies*, sino también considerar de manera más matizada las opciones que hacen algunos colegas al adoptar el nombre de 'estudios culturales latinoamericanos'.

Veamos. En los últimos años podemos observar que en ciertos marcos institucionales, en varios países latinoamericanos, se ha venido adoptando el nombre ‘estudios culturales latinoamericanos’ (o expresiones semejantes) en nombres de revistas, nombres de encuentros y congresos, nombres de seminarios, títulos y contenidos de artículos y libros, etc. En buena parte de los casos de este tipo, la adopción de este nombre no está acompañada de una reflexión crítica. Pero, además, en no pocos de ellos es posible observar diversos indicadores de continuidades, que de un modo u otro sugieren que la referencia de los *Cultural Studies*, esos que se hace en inglés, es fuerte, o incluso que se trazan líneas genealógicas a partir de ellos y/o del mito fundador que coloca su origen en Birmingham, Inglaterra. Al decir indicadores me refiero a referencias bibliográficas, invitaciones a conferencistas principales de eventos, adopción de temas, etc. Los ejemplos no son pocos, pero me parece innecesario hacer señalamientos particulares, pues el objetivo no es descalificar esos proyectos ni entrar en polémicas personalistas, sino promover la reflexión al respecto. Por otro lado, existen otro tipo de casos en los cuales, si bien se observa la adopción del nombre sin una reflexión explícitamente crítica al respecto, no se observan indicadores explícitos de que los *Cultural Studies* sean vistos como referencia fuerte, o como origen genealógico. Por el contrario, en algunos de estos casos es posible observar que bajo el nombre ‘estudios culturales latinoamericanos’ (o especificaciones regionales o nacionales de los mismos) se incluyen mayormente, cuando no exclusivamente, producciones intelectuales locales, e incluso no solo del tipo ‘estudios’, sino también del tipo ‘otras prácticas’. El conocimiento directo de algunos casos con estas características, me ha llevado a pensar que quizás razones de tipo práctico y/o estratégico llevan a algunos colegas a adoptar la denominación ‘estudios culturales latinoamericanos’, sin por ello necesariamente adoptar el sistema de representaciones del campo, canon y paradigmas propios de los *Cultural Studies* o de los *Latin American Cultural Studies* (esos que son sobre América Latina, pero se hacen en marcos institucionales de Estados Unidos e Inglaterra). Desde este punto de vista, es posible asumir que el problema no es el nombre que le damos al campo, sino el concepto del mismo que manejamos.

No obstante, pienso que nombrarlo ‘estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder’ es más apropiado y favorece la visión amplia, transdisciplinaria, crítica y contextualmente específica del mismo que propugno.

Puesto de otro modo, creo que es necesario evitar la naturalización de la idea de ‘estudios culturales’, que no es sino la traducción de la de *Cultural Studies*. ¿Por qué habríamos de utilizar la denominación de ‘estudios culturales’, si según Martín-Barbero, García Canclini, y sin duda muchos otros, “nosotros hacíamos eso antes?” ¿Es que acaso utilizarla no tiene consecuencias? ¿Es que acaso no implica una relectura de un campo de prácticas intelectuales más amplio, al cual así recorta, transforma y coloca en situación si no subsidiaria cuando menos adjetivada del de los *Cultural Studies* que se hace en inglés, que generalmente no utilizan adjetivo, sino solo excepcionalmente, y que tienen un mito fundador que sitúa su origen en Birmingham, Inglaterra?

Pienso que la utilización de esta denominación no solo construye una asociación inconveniente con lo que ocurre en inglés, sino que además naturaliza la exclusión (coloca fuera de los límites del campo) de prácticas muy valiosas, las cuales guardan relaciones política y epistemológicamente significativas con los contextos sociales y con los movimientos sociales latinoamericanos. Y esto último ocurre, entre otras cosas, porque el proyecto de los *Cultural Studies*, esos que se hacen en inglés, ha venido academizándose a la vez que despolitizándose. Esto incluso lo señalan así algunos de los más destacados partícipes de este campo, como por ejemplo lo hace en un artículo reciente Lawrence Grossberg (1998), profesor de la Universidad de North Carolina, con credenciales tales como haber estudiado en Birmingham y codirigir la revista *Cultural Studies*, que es la más antigua y de mayor tiraje en este campo.

La creciente importancia académica de los *Cultural Studies* en Estados Unidos y Gran Bretaña se ha dado combinadamente con una pérdida de importancia de la condición política que se supone le era propia. Su carácter político ha venido disolviéndose en una retórica de la política y los asuntos de poder que no permite ver las prácticas de los actores sociales, eso que en inglés llaman *social agents*. Así, buena parte de los *Cultural Studies*, esos que se hacen en inglés, ha devenido *agentless* o sin-agentes sociales; mero asunto de análisis de textos y discursos, puestos en contextos en los que no se da cuenta de prácticas sociales específicas. Pero, además, uno de los problemas del campo, particularmente en Estados Unidos, es que los colegas no han encontrado formas efectivas de superar los esquemas de división del trabajo que separan a las prácticas académicas de esas otras prácticas en cultura y poder que se dan fuera de la academia. Si acaso han encontrado cómo incluir lo que se hace en algunas artes y en los

medios, o en las (mal) llamadas ‘industrias culturales’³. Pero no han encontrado cómo integrar en el proyecto lo que hacen, por ejemplo, muchos intelectuales activistas en diversos ámbitos (feministas, chicanos, afroestadounidenses, de derechos humanos, etc.), al punto que en entrevistas sostenidas con algunos de ellos, incluso se refieren a los *Cultural Studies* como un proyecto ‘reaccionario’. Y uno de los problemas de importar esa denominación es que ella viene cargada de esos problemas.

En América Latina, importar esa denominación y el academicismo que la acompaña nos lleva a perder de vista la importancia para el campo que nos ocupa, por ejemplo, de las contribuciones de Paulo Freire, Orlando Fals Borda y numerosos intelectuales latinoamericanos que han mantenido y mantienen prácticas dentro y fuera de la academia y que por tanto no necesariamente hacen ‘estudios’. Pero, además, diversos movimientos teatrales y de activistas teatrales (los casos de Augusto Boal y Olodum; al respecto ver ej. Sant’Anna, 2002), los movimientos e intelectuales indígenas y afrolatinoamericanos en casi todos los países de la región (al respecto ver ej. Dávalos, 2002, Illia García, 2002; Jesús “Chucho” García, 2002; Walsh y García, 2002), el movimiento feminista (al respecto ver Vargas, 2001), el movimiento de derechos humanos (al respecto ver El Achkar, 2001), diversos movimientos de expresiones musicales (la nueva canción, los rock críticos, etc.), el trabajo de numerosos humoristas gráficos (Quino, Rius, Zapata y otros), el de cineastas (novo cinema brasileiro y otros), etc. Más adelante, señalaré explícitamente más ejemplos del tipo de prácticas que estimo no podemos perder de vista al pensar en el amplio campo de las prácticas reflexivas en cultura y poder.

Pero, ¿qué son los *Cultural Studies*, esos que se hacen en inglés? Pienso que una manera posible de definirlos sintéticamente es diciendo que esta etiqueta se aplica a un campo sumamente heterogéneo de prácticas académicas e intelectuales (y especialmente a aquéllas) cuya retórica enfatiza su carácter no-disciplinario, inter o transdisciplinario según los casos; que estudian e intervienen (o al menos que valoran la intervención) en asuntos de cultura y poder, o de cultura y política, o en lo político de lo cultural y en lo cultural de lo político, y que se reconocen contextualmente (véase ej. Burgin, 1990; Grossberg, 1993; Nelson, Treichler y Grossberg, 1992; Storey, 1996; Turner, 1992).

En concordancia con lo anterior quiero enfatizar que, en mi opinión, si se deseara postular la existencia en América Latina de un campo al cual considerar comparable con el proyecto de *Cultural Studies*, la manera de

hacerlo no sería incluyendo en él aquellas prácticas intelectuales que se apropian (creativamente o no) de las líneas de trabajo (y bibliografía) inicialmente generadas por los intelectuales del CCCS de Birmingham, o por sus seguidores de los EE.UU. En todo caso, hacerlo de este modo equivaldría a imaginar que tal campo es simplemente una importación hecha desde una suerte de continente vacío, lo cual no haría más que reiterar actitudes colonizadas. En caso de que, en cambio, se deseara postular la existencia de tal campo pero desde una perspectiva no-colonizada, entonces cabría incluir en el mismo todas aquellas prácticas intelectuales de carácter no-disciplinario o transdisciplinario que estudian y/o intervienen reflexivamente en asuntos de cultura y política/poder, y que lo hacen en relación a condiciones contextuales y coyunturales específicas, cualquiera sea su genealogía intelectual y/o su historia institucional.

Así, en mi opinión, un elemento muy importante para definir este campo es que las iniciativas de investigación no comienzan con la pregunta de *¿qué investigo?* sino de *¿para qué investigo?*, y también acerca de si investigo 'sobre' ciertos actores o grupos sociales, o 'con' esos actores o grupos sociales, al menos como proyecto y dependiendo de los actores. Estas dos últimas preguntas son de carácter ético y político, y ellas condicionan de entrada las preguntas de investigación, la aproximación epistemológica, la elaboración teórica y las propuestas de método (he desarrollado estas ideas más abundantemente en algunas publicaciones: Mato, 1996a, 1996b, 1997 y 2001a).

Quiero enfatizar que mi planteamiento de que este tipo de prácticas intelectuales ya existían y existen y tienen dinámicas propias en América Latina, las cuales responden a factores propios de esta parte del mundo aún cuando ello no supone la ausencia de vínculos con lo que ocurre en Europa, Estados Unidos, y también en Asia y África (en ciertos períodos históricos), de ninguna manera responde a una suerte de 'nacionalismo' o 'esencialismo' latinoamericano. No, terminantemente no. De lo que se trata es de comprender que existen desde hace tiempo líneas/tradiciones de trabajo que trascienden/atraviesan las fronteras disciplinarias y que tienen aproximaciones políticas a lo cultural y culturales a lo político, y ello con objetivos y/o prácticas efectivas de intervención, para valorarlas, para revisarlas, para profundizarlas, para aprovecharlas. Citando nuevamente a J. Martín-Barbero "América Latina no se incorpora a los estudios culturales cuando se pusieron de moda como etiqueta, sino que tienen una historia muy distinta" (1997: 53). Y esto de la 'historia muy distinta' remite en

otras palabras a marcos institucionales diferentes y como parte de historias sociales, políticas e intelectuales distintas.

En todo caso, lejos de proponer esto como una forma de cerrarnos al diálogo, pienso que de lo que se trata es precisamente de establecer diálogos transnacionales provechosos con nuestros colegas de habla inglesa (y también de otras lenguas). Tenemos mucho que aprender unos de los otros, tenemos muchas posibilidades de colaborar unos con los otros, compartimos la actitud crítica, la tendencia a trabajar transdisciplinariamente, el interés en intervenir en las dinámicas sociales, y una visión política de lo cultural y cultural de lo político. Pero, para ello, es necesario tener claro dónde estamos parados, lo específico de los contextos y los procesos en que participamos y hacia dónde queremos ir.

2. BREVE DIGRESIÓN SOBRE LENGUAS, SABERES, IGNORANCIAS Y RELACIONES DE PODER

Hay un rasgo saliente de nuestra herencia colonial, o de nuestra situación poscolonial que, asumido con actitud descolonizadora o al menos crítica de la colonialidad, constituye una importante ventaja respecto de los colegas de las sociedades metropolitanas. Esto es, que habitualmente nos relacionamos tanto con lo que se produce en inglés como con lo que se produce en francés, y a veces también en otras lenguas europeas, particularmente alemán e italiano. Cosa que en general no han hecho ni anglo, ni francoparlantes, excepto en las últimas dos décadas en que algunos pensadores franceses se han puesto de moda en EE.UU. particularmente en el ámbito de los *Cultural Studies* (Barthes, Foucault, Derrida, Lacan y otros). Creo que asumida con conciencia crítica esta multiplicidad de fuentes de nuestras tradiciones intelectuales es, definitivamente, una ventaja en la cual debemos trabajar deliberadamente. Si logramos mirar hacia adentro, a la vez que hacia los varios afueras, podremos desarrollar visiones más ricas e integradas. En este sentido, la idea de ‘antropofagia’ propuesta por el intelectual brasileiro Oswald de Andrade (1890-1954), sobre la que se abunda en uno de los textos de este mismo proyecto (Ferreira de Almeida, 2001), puede resultarnos estimulante.

Pero, esto no es posible lograrlo simplemente como un acto de buena voluntad, es necesario reflexionar críticamente al respecto. Tal elaboración debería dar cuenta de procesos históricos largos, en los cuales no podemos obviar la crítica de actitudes colonizadas en nuestras historias colectivas como pueblos y como comunidades intelectuales. Estos procesos y actitudes constituyen un tema sumamente complejo que no es posible tratar adecuadamente en estas páginas. En cambio, quizás sea posible aquí abordar al menos brevemente algunos problemas asociados a la existencia de relaciones de poder y jerarquías entre la investigación y producción teórica en diferentes lenguas y países.

Comenzaré retomando una reflexión que ofrece Walter Mignolo tras narrar la importación de las ideas de Freud a Calcuta alrededor de 1920 por el Dr. Grindrashkar Bose, quien nació en Bengala en 1886 (Mignolo, 1997:9-10). Al respecto, Mignolo agudamente comenta:

[...] lo que más nos interesa aquí no es la producción sino la subalternización de conocimientos [...] De lo que se trata en última instancia en la exportación-importación de formas de conocimiento y de prácticas disciplinares es de la subalternización lo cual, en el área del conocimiento, supone el borronero de las condiciones de emergencia de una práctica disciplinaria o de consumo y su adaptación o implantación en otras áreas geográficas con distintas memorias y necesidades (1997:12-13).

En otro texto suyo, Mignolo nos ofrece una observación conexas con la anterior. Allí afirma que “tanto la teoría como el pensamiento se ubican en lenguajes específicos y en historias locales” (1996:24) e insiste en que la lengua en la cual se producen los conocimientos marca las posibilidades de diseminación de estos. Mignolo también sostiene que existen lo que él llama “complicidades entre lenguajes, colonialismo y culturas de estudios académicos” (1996: 26) y apunta que “el español y el portugués son idiomas que se cayeron del carro de la modernidad y se convirtieron en idiomas subalternos de la academia” (1996:27).

En mi opinión el problema tiene dos dimensiones. Una es la utilización que hacen los académicos que producen en las lenguas dominantes (diría que, cada día más, esto se aplica especialmente al inglés) de los saberes que se producen en otras lenguas. La otra se refiere a la importación desde otras áreas lingüísticas de la producción intelectual en inglés. Me parece necesario enfatizar que en estas dos dimensiones participan individuos e instituciones de lado y lado, dicho esquemáticamente ‘del Norte’ y ‘del Sur’. He examinado la utilización que hacen antropólogos y otros es-

tudiosos de EE.UU. que se especializan en América Latina de la bibliografía que se produce en América Latina y que se publica en castellano y portugués. Al respecto, he observado que, salvo honrosas excepciones, esta bibliografía es tomada como proveedora de información, es decir como discursos de ‘informantes’, pero muy pocas veces esta producción es considerada por sus aportes teóricos, es decir como discursos de colegas. En estos textos la formulación teórica se hace en referencia a bibliografía producida en inglés (a veces también a producida en francés, sea directamente o a través de traducciones). Mayormente, la bibliografía en español, cuando se usa, ocupa el lugar de proveedora de información, se usa como fuente de testimonios o puntos de vista de ‘locales’, a quienes se les niega la posibilidad de aportar a la teoría⁴.

Yo no creo que en el caso que nos ocupa sería pertinente hablar de una relación de ‘subalternización’. Como lo argumentaba anteriormente, me parece que podemos analogar el caso de la producción de ideas en los ámbitos de los *Latin American Cultural Studies* y de los ‘estudios culturales latinoamericanos’ a otros casos de producción transnacional de representaciones y otras producciones culturales (ej. Mato, 1999, 2001a, 2001b).

3. POR QUÉ ‘ESTUDIOS Y OTRAS PRÁCTICAS LATINOAMERICANAS EN CULTURA Y PODER’

Esta propuesta involucra reflexiones en torno a dos preguntas: ¿Por qué usar el adjetivo ‘latinoamericanos’? ¿Por qué no simplemente ‘estudios’, sino ‘estudios y otras prácticas’?

POR QUÉ USAR EL ADJETIVO ‘LATINOAMERICANAS’

¿Qué sentido tiene calificar a un conjunto de estudios como ‘latinoamericanos’? ¿En qué sentido/s esta marca podría resultar significativa para calificar un conjunto de estudios y prácticas en cultura y poder? Me adelanto a advertir que el uso de esta expresión no responde a ningún tipo de posición esencialista, nacionalista, ni nada semejante. Por el contra-

rio, esta calificación responde a factores complejos que resultan significativos para las posibles interpretaciones de estos estudios y prácticas.

Y, para argumentar de manera más consistente, debo entrar de lleno en el caso de la publicación de la colección de textos que asociadamente se publica en la *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* y el libro *Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder* (CLACSO, 2002).

Si tal libro (y/o tales colecciones en revistas) contuviera un conjunto de textos producidos en Estados Unidos, o quizás incluso en algunos países de Europa Occidental, seguramente no encontraríamos una indicación explícita de que ellos provienen de cierto/s contexto/s social/es específico/s. En tal caso el título del libro y de su introducción quizá sería simplemente: *Estudios y otras prácticas en cultura y poder*. Mi experiencia de muchos años como lector de estos temas me lleva a concluir que demasiado frecuentemente quienes miran desde esos espacios del mundo suelen asumir sus miradas como universales. Sería tedioso y antipático ofrecer una lista de ejemplos: casi cualquiera podrá encontrarla con solo recurrir a su memoria o pasar su mirada por los estantes de su biblioteca. Sin embargo, sucede que ellas están tan marcadas por los respectivos contextos institucionales y sociales de producción como los artículos de esta colección, solo que esas marcas son otras. Frecuentemente, los intelectuales situados en esos contextos metropolitanos parecen asumir que lo que ocurre en sus propios espacios sociales es de algún modo representativo de lo que sucede (o tarde o temprano acabará sucediendo) en el resto del mundo. O, alternativamente, parecen asumir que sus interpretaciones –necesariamente marcadas por los contextos institucionales y sociales en los cuales desarrollan sus prácticas– acerca de lo que ocurre en otras latitudes, tienen valor universal. Así, muchos de esos textos no resaltan sus marcas de lugar, ni ofrecen una reflexión sobre las peculiaridades de su lugar de enunciación, sobre el contexto institucional y social de producción de sus ideas, y sobre cómo estas condiciones contextuales limitan y condicionan sus ideas respecto del ‘mundo’.

Pienso que, en contraste, una característica de quienes pensamos el mundo desde espacios sociales no-metropolitanos es que, deseémoslo o no, es difícil no tener conciencia de que el mundo es amplio y diverso. O, cuanto menos, de que existen esos otros espacios sociales a los que a falta de mejor denominación vengo denominando ‘metropolitanos’, así como otros espacios ‘no-metropolitanos’, que no obstante son muy diferen-

tes al propio, por ejemplo en África y Asia, en particular; pero también en Europa y Oceanía. A partir de allí es bastante inmediato desarrollar una cierta conciencia de que nuestras interpretaciones son solo ‘miradas’, o perspectivas parciales o específicas, y que en tanto tales están marcadas por el lugar de enunciación (el cual desde luego no se define tan solo por coordenadas geográficas, que son las únicas que por el momento estoy poniendo de relieve).

A propósito de esta conciencia de que África y Asia también existen, pienso que otro elemento distintivo es que, de unos u otros modos, quienes vemos el mundo desde localizaciones no-metropolitanas tenemos que enfrentar el desafío de pensar no solo en circunstancias locales, sino también en cómo estas se relacionan con relaciones de poder que en diferentes momentos se han caracterizado como metropolis-colonias, países imperialistas-países dependientes, centro-periferia, etc. Este es un desafío teórico que también deberían afrontar nuestros colegas localizados en instituciones metropolitanas en relación a las propias dinámicas de sus espacios sociales, pero que salvo contadas excepciones parecen ignorar. El caso es que las llamemos como las llamemos (y este asunto aunque no es un problema menor, no puedo tratarlo en este ensayo) la articulación de las relaciones de poder locales con las que se dan a escala mundial constituyen para nosotros un asunto ineludible, como en general se reconoce en América Latina. Y como también pude observarlo recientemente en el congreso de la red “Inter-Asia Cultural Studies”, realizado en Fukuoka (Japón) en diciembre del 2000, organizado por el colectivo de la revista *Inter-Asia Cultural Studies*. En efecto, tanto al analizar los temas tratados en esa reunión, como al revisar los artículos publicados habitualmente en esa revista, es posible derivar tres conclusiones. En primer lugar, que pueden identificarse algunos temas en común con los tratados en el campo de cultura y poder en América Latina, como por ejemplo los relativos a imperialismo y/o relaciones centro-periferia; problemas derivados de la historia colonial; autoritarismo; militarismo; terrorismo de Estado; problemas asociados a los esquemas de guerra fría y seguridad nacional; derechos humanos; reformas neoliberales; democratización; movimiento obrero; entre otros. En segundo lugar, que la mayoría de estos temas están ausentes en las revistas de *Cultural Studies* que se producen desde Estados Unidos e Inglaterra. En tercer lugar, que también se tratan otros temas que sí son comunes tanto con los tratados en el campo de cultura y poder en América Latina, como con los de publicaciones de *Cultural Studies* de Estados Unidos e Inglaterra, como por ejemplo los relativos a etnicidad;

identidades; género; teoría y movimiento feminista; sexualidad; internet; ‘cultura popular’; ‘industrias culturales’; ‘consumo cultural’; políticas de museos; modernidad y posmodernidad; globalización; etc.⁵. En otras palabras, una vez más, parece que los contextos marcan de uno u otro modo las producciones intelectuales. Y también, que hay ciertos temas que en definitiva se relacionan con contextos sociales no-metropolitanos, o esto al menos es lo que puede observarse en Asia y América Latina, lamentablemente no tengo referencias de lo que ocurre en este plano en África, o en otras regiones no-metropolitanas.

Otra peculiaridad de las miradas desde esta parte del globo –a la que usualmente llamamos ‘América Latina’– es que además éstas suelen expresar un interés no solo por el espacio social inmediato (por ejemplo, la sociedad local o nacional de la cual forma parte el/la investigador/a en cuestión) sino, además, una preocupación por ‘América Latina’. Esta preocupación o interés suele presentarse aun si se tiene conciencia de que este nombre no constituye una entidad ‘natural’ sino una idea; una idea histórica, complicada y conflictiva, que esconde múltiples diversidades y exclusiones, de la cual hay diversas representaciones.

A propósito me parece necesario recordar que, como sabemos, América Latina no es una entidad natural, ni tampoco un todo homogéneo. La consolidación de la idea de América Latina no ha estado desligada de las prácticas de la diplomacia francesa. Específicamente, ha sido el intelectual francés Michel Chevalier quien hacia 1836 promovió la aplicación de la idea de ‘latinidad’ a esta región del mundo (ver Ardao, 1980). Pero además, y aún dejando de lado esta historia, es necesario poner de relieve que esta parte del globo es sumamente diversa en términos sociales, económicos, políticos y culturales, y que esta diversidad no solo puede observarse entre países, sino también al interior de ellos, entre regiones, grupos sociales y marcos institucionales (Mato, 1998a). Así, es necesario pensar que las prácticas comprendidas al interior del campo que vengo llamando ‘estudios y otras prácticas en cultura y poder’ han de resultar sumamente diversas a lo largo y ancho de América Latina, e incluso al interior de las sociedades nacionales.

Pero, aun así, es posible observar que, como afirmaba más arriba, las elaboraciones de la mayoría de los intelectuales ‘latinoamericanos’, además de referirse a los espacios locales o nacionales que constituyen el foco más específico de sus trabajos de investigación, suelen incluir reflexiones cuyo referente es ‘América Latina’, así en su conjunto.

A propósito de esta imagen de autoidentificación y en conexión con la idea de un campo latinoamericano en cultura y poder, me parece necesario hacer una digresión para aclarar a qué aludo al decir intelectuales ‘latinoamericanos’. En primer lugar, me refiero a quienes desarrollamos sus (nuestras) prácticas en ese espacio del mundo que se despliega al sur de los Estados Unidos y que convencionalmente suele denominarse ‘América Latina’. No obstante, hay que reconocer que este contingente es muy numeroso y diverso y que entre quienes formamos parte de él hay quienes desarrollan sus vidas y sus prácticas en espacios marcadamente locales; quienes lo hacen en grandes ciudades vinculadas a circuitos internacionales; quienes hemos vivido en más de un país de la región o incluso fuera de ella, quienes formamos parte de esa creciente legión de colegas que viajamos permanentemente dentro y fuera de la región (ver Yúdice, 2001), y quienes han estudiado en universidades metropolitanas pero han regresado a América Latina. Por otra parte están quienes, habiendo nacido en este espacio, han migrado o son hijos de migrantes, y por eso las desarrollan en otros espacios del globo, pero continúan considerándose a sí mismos ‘latinoamericanos’. Obviamente, los casos de este segundo tipo están marcados también por su relación a distancia y por las especificidades de los marcos sociales e institucionales en los cuales estos latinoamericanos migrados producen sus interpretaciones. Pero esto no quita que muchas de estas personas también piensen sobre América Latina como conjunto, y que lo hagan en formas que no solo deben diferenciarse de las de quienes lo hacen desde ‘adentro’, sino también de las elaboraciones de aquellos otros que antes que como ‘latinoamericanos’, se autoidentifican como ‘latinoamericanistas’, y cuyas elaboraciones no solo están marcadas por esos marcos institucionales y sociales extra-latinoamericanos, sino también por otras afiliaciones afectivas, y porque las perspectivas de sus vidas personales y las de sus familiares no dependen en tan gran medida de lo que ocurra en las sociedades de la región (ver Mato, 1996b). Por otro lado, tenemos el caso de aquellos que no han migrado, sino que hoy hacen sus vidas en Estados Unidos porque los territorios de base de sus familias de origen de un modo u otro han sido anexados por Estados Unidos; es el caso de numerosos intelectuales puertorriqueños (Ver Juhász-Mininberg, 2001) y de los mexicanos del antiguo norte de México y que a partir de 1848 se convierte en el sur de los Estados Unidos, quienes según los casos optan por autodenominarse mexicoamericanos, chicanos o simplemente mexicanos (ver Tinker y Valle, 2002). De todos modos, dado que estamos hablando de formas de conciencia, estas generalidades deben tomarse solo

como tales, entender que hay casos peculiares y, sobre todo, que no hay determinismos o determinaciones que permitan ubicar *a priori* ningún caso particular. Tampoco el lugar de nacimiento o el marco social e institucional resultan determinantes, ni hacen a las prácticas ‘mejores’ o ‘peores’, ni más o menos ‘auténticas’. Tales calificaciones no solo son cuestionables en sí mismas, sino que, además, de nada nos sirven en esta elaboración; pero lo que no podemos perder de vista es que los marcos sociales e institucionales condicionan, marcan, nuestras prácticas, aun cuando lo hagan de maneras diversas.

En todo caso, y para continuar con la argumentación del por qué resaltar la marca ‘latinoamericana’ de estos estudios y otras prácticas, deseo enfatizar que calificarlos de este modo supone asumir también que estas maneras de mirar –diversas pero en más de un sentido a la vez semejantes– provienen de contextos sociales entre los cuales es posible señalar algunas similitudes y conexiones, históricas y contemporáneas. Los vínculos entre las historias de estos contextos en muchos casos se remontan a períodos anteriores a la mera existencia del nombre ‘América Latina’ y encuentran sus orígenes en las experiencias coloniales, los movimientos anticoloniales de principios del siglo XIX. Los presentes de estos contextos también encuentran entre sí muchos rasgos semejantes, los cuales, cuando se toman en cuenta todos juntos, los diferencian a su vez de los de otras regiones del globo: marcas y diferenciaciones sociales semejantes, aún vigentes, dejadas por la experiencia colonial (incluido el ‘colonialismo interno’, y la existencia de –digamos– ‘mentalidades colonizadas’), lugares semejantes en los sistemas internacionales de división del trabajo y de relaciones de poder; procesos semejantes de ‘ajuste estructural’ de inspiración neoliberal; formas de exclusión social semejantes; procesos semejantes de democratización tras experiencias dictatoriales o, más en general, autoritarias, muchas tan recientes que todavía son presente; tradiciones autoritarias aún vigentes; y tantos otros rasgos que sería difícil enumerar en un párrafo sin caer en una retórica aburrida y superficial.

Esas historias y presentes no solo validan la idea de ‘América Latina’, sino que nos obligan a asumir perspectivas críticas al respecto. Se trata de una tarea fértil a la cual estamos cada vez más acostumbrados, y que entre otras exigencias de método implica no asumir la idea de ‘América Latina’ como si ésta designara un espacio social homogéneo y geográficamente delimitado, sino asumirla como una imagen o representación que designa un espacio social pleno de diferencias, en constante transforma-

ción y sin límites espaciales precisos, en el cual, obviamente, no podría esperarse que emerja una suerte de pensamiento común.

Así, la idea de ‘estudios y otras prácticas latinoamericanas’ que aquí pretendo destacar solo señala la conciencia de que estos estudios y otras prácticas de un modo u otro están marcados por los contextos sociales en los cuales han sido producidos o se desarrollan, y que estos forman parte de esa región del mundo que convenimos en llamar ‘América Latina’. Y convenimos en llamarla así aun cuando –al menos algunos– tenemos conciencia de que alberga a numerosos y significativos grupos de población que poco o nada tienen de ‘latinos’, como por ejemplo los pueblos indígenas de la región, o los descendientes de los antiguos esclavos africanos, o los migrantes no-latinos provenientes de todo el globo pero en especial de algunos países de Europa, Asia y Oriente Medio.

Obviamente, resaltar la cualidad ‘latinoamericana’ de estos estudios y otras prácticas no agota toda marca significativa; solo destaca una característica, aunque ello no suponga la ignorancia de otras que también pueden ser relevantes.

POR QUÉ NO SIMPLEMENTE ‘ESTUDIOS’, SINO ‘ESTUDIOS Y OTRAS PRÁCTICAS’

Antes de ocuparnos de aquello que ocurre fuera o fuera y dentro de las universidades, me parece necesario abordar brevemente el asunto de la existencia de diferentes tradiciones disciplinarias que conviven tanto dentro del campo de los estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder, como de los *Cultural Studies*. Las prácticas que vienen desarrollándose en estos campos desde contextos universitarios, en general procuran superar, o al menos revisar críticamente, las tradiciones de trabajo de las diversas disciplinas académicas. Pero no puede omitirse que esto no es algo que se resuelva de la noche a la mañana y que a pesar de todos los discursos críticos éstas no solo no han dejado de existir, sino que, de hecho, todos hemos sido formados en alguna de ellas. Estos discursos disciplinarios constituyen como mínimo parte de nuestras biografías, han contribuido a estructurar nuestros inconscientes, nada peor que olvidarlo. Por eso, no debe sorprendernos la persistencia de los sistemas de preguntas, categorías y modos de investigación de las diferentes disciplinas, las cuales contribuyen a explicar distintas tradiciones al interior de esos grandes campos, y ello tanto en Estados Unidos e Inglaterra como en América

Latina. Esto es cada día evidente en el ámbito de los *Cultural Studies*, en cuyo marco deberían conversar los trabajos que se realizan desde diferentes disciplinas de origen, pero sin embargo no lo hacen, o al menos no tanto; es fácil diferenciar entre, por ejemplo, los *Cultural Studies* que vienen de los estudios literarios y los que se originan en los estudios de comunicación. No obstante, más allá de la existencia de marcas disciplinarias, también ocurre que las teorías y éticas de las disciplinas no son mundialmente homogéneas, ni las rigideces disciplinarias son las mismas a lo largo y ancho del planeta.

Pero además, y asociadamente con lo anterior, hay otras diferencias que se relacionan con la diversidad de contextos sociales en los cuales las prácticas intelectuales y profesionales se desarrollan. Por un lado tenemos diferencias en cuanto a los marcos institucionales de las disciplinas y del quehacer investigativo, es decir: investigación solo en universidades o también afuera; fuerza/importancia de los departamentos, publicaciones y congresos para establecer cánones; políticas de asignación de fondos; diferentes formas en que hacen sus ‘carreras’ los investigadores de Estados Unidos y los de diferentes países de América Latina; tendencias hacia el trabajo más o menos disciplinariamente encuadrado, y/o hacia el trabajo transdisciplinario, en unos y otros contextos. Por el otro tenemos diferencias que se relacionan con ser –digamos– intelectuales públicos en América Latina o *scholars* (académicos) en Estados Unidos. Obviamente, en Estados Unidos también hay intelectuales públicos y activistas, pero debemos comprender que la bibliografía sancionada/reconocida como de *Cultural Studies* en inglés, es producida mayormente por *scholars* que salvo excepciones no desarrollan prácticas fuera de las universidades, sino exclusivamente en ellas. Lo cual precisamente ha llevado a no pocos intelectuales activistas a criticar a los *Cultural Studies*.

En cambio, tenemos que las prácticas de buena parte de los intelectuales latinoamericanos se desarrollan fuera, o al menos más allá, o afuera y adentro del ámbito convencionalmente académico. Esta diversidad de articulaciones no solo resulta significativa desde un punto de vista político, sino también por su poder para estimular desarrollos teóricos innovadores, pues incide no solo en la elección de temas, sino también en la reflexión ética y epistemológica que condiciona a las preguntas y modos de investigación o de producción de otros tipos de prácticas y discursos. Estos tipos de estímulos o de retos son los que subyacen o alimentan las contribuciones hechas por numerosos intelectuales latinoamericanos, como

por ejemplo, las tratadas en los artículos de esta colección. Entre otros, podemos destacar, por ejemplo, los retos para la investigación y para la elaboración teórica que implican el interés y/o la experiencia en la formulación de políticas culturales para los Estados y/o para diversos movimientos sociales (ver ej. Antonelli, 2001; Basile, 2001; Dávalos, 2002; El Achkar, 2001; Illia García, 2002; Jesús “Chucho” García, 2002; Maccioni, 2001; Mignolo, 2001; Ochoa Gautier, 2001; Rosas Mantecón, 2002; Vargas, 2001; Walsh y García, 2002; Wortman, 2001; Del Sarto, 2001). O también los retos que produce el interés y/o experiencia de participar activamente en debates públicos y/o en el diseño de políticas para las artes y/o los medios y las llamadas ‘industrias culturales’ (ver ej. Bermúdez, 2002; Grimson y Varela, 2001; Hernández, 2001; Maccioni, 2001; Rosas Mantecón, 2002; Sant’Anna, 2002; Del Sarto, 2001; Sovik, 2002; Wortman, 2001). O, de maneras diversas los retos relacionados con el compromiso cuando menos emocional y en ocasiones práctico planteado por experiencias sociales difíciles de definir en pocas palabras, pero en todo caso reminiscentes de colonialismo como las que deben afrontar los intelectuales puertorriqueños y chicanos (ver ej.: Juhasz-Mininberg, 2001; Tinker y Valles, 2002), o de otros modos los de casi cualquier país latinoamericano (Baptista, 2001; Dávalos, 2002; Ferreira de Almeida, 2001; Illia García, 2002; Jesús “Chucho” García, 2002; Mignolo, 2001; Pajuelo, 2002; Walsh y García, 2002).

Efectivamente, es común en diversos medios intelectuales latinoamericanos hacer explícitos los intereses de intervención en el diseño de políticas de diversos actores sociales; incluso, pero no solo, de los gobiernos nacionales y sus agencias, sino y con una amplia diversidad de actores sociales, la cual incluye además organismos internacionales, organizaciones de derechos humanos, organizaciones indígenas, organizaciones afrolatinoamericanas, y otros actores participantes en diversos movimientos sociales.

Sin embargo, debe destacarse que este tipo de interés e involucramiento no es una novedad en el ámbito latinoamericano, sino que constituye una suerte de constante histórica, que se remonta a la época de los movimientos independentistas y de fundación de las nuevas repúblicas, como lo ilustran algunos de los estudios de este conjunto (ej. Ríos, 2001; Yúdice, 2001), y así, en consecuencia, la necesaria reflexión sobre el papel de la escritura y de los intelectuales de la cultura escrita, de la ‘ciudad letrada’ (ej. Poblete, 2001). Para no caer en idealizaciones, es necesario

subrayar que este interés no solo o no siempre ha obedecido a ciertas maneras de entender el trabajo intelectual, sino también a la relativa escasez de puestos en las universidades, o a las dedicaciones parciales que éstas ofrecen como posibilidad y a las bajas remuneraciones que estimulan a no pocos intelectuales a buscar actividades complementarias.

El caso es que en las sociedades ‘metropolitanas’ buena parte de quienes se dedican a las así llamadas humanidades y ciencias sociales desarrollan sus prácticas casi exclusivamente en ámbitos académicos y viven de su trabajo, y así, cabe llamarlos ‘académicos’. En cambio en América Latina sucede que es menos frecuente que quienes nos dedicamos a las humanidades y ciencias sociales limitemos nuestras prácticas al ámbito académico. Y esta es precisamente una de las razones por las cuales en nuestro ámbito es más frecuente autoidentificarnos como ‘intelectuales’ que como ‘académicos’. Y como consecuencia de esto y de los regímenes autoritarios que han gobernado a los países de la región, también resulta que en lugar de vivir de sus(nuestros) trabajos, muchos intelectuales han sido muertos debido a su trabajo, otros han estado en prisión, otros hemos tenido que migrar o exiliarnos. Este tipo de circunstancias marcan de diferentes formas la producción de la mayoría de los intelectuales latinoamericanos.

Procurando definir el campo, ya no –como es consciente o inconscientemente usual– en relación o con referencia a los *Cultural Studies* que se hacen en inglés, sino a las experiencias históricas en América Latina (incluyendo las contemporáneas), parece necesario comenzar por cuestionar la naturalización de la palabra ‘estudios’, al menos como excluyente, para abrir lugar a la idea de ‘otras prácticas en cultura y poder’ ¿De cuáles? ¿De todas? Seguramente semejante amplitud no resultaría muy útil para los propósitos de este análisis e intervención. Entonces de aquéllas que, al igual que las de producción de ‘estudios’, se basan de manera evidente en una actividad reflexiva acerca de cómo intervenir simbólicamente en las relaciones de poder establecidas, cómo desconstruirlas, cómo reformularlas, cómo alterarlas. De allí que a mi juicio este campo no solo incluye ‘estudios’, sino también ‘otras prácticas’.

Así, el campo que propongo hacer más visible incluye ‘estudios’, como por ejemplo los que publican autores como Néstor García Canclini, Jesús Martín-Barbero, Nelly Richard, Beatriz Sarlo, Silviano Santiago, cuyos nombres son ya paradigmáticos al hablar de ‘estudios culturales latinoamericanos’, y también los de otros autores menos conocidos pero cu-

yos trabajos muestran algunas continuidades con los de estos autores (ej. Antonelli, 2001; Bermúdez, 2002; Hernández, 2001; Maccioni, 2001; Rosas Mantecón, 2002; del Sarto, 2001; Sovik, 2001; Sunkel, 2001; Wortman, 2001). Aunque, de todos modos conviene destacar que la mayoría de los nombrados no solo escriben libros, sino que a través de diversos mecanismos e iniciativas se involucran en la formulación de políticas culturales (ver Antonelli, 2001; Ochoa Gautier, 2001). También incluye los ‘estudios’ hechos por otros colegas que aunque muy conocidos por otros públicos, hasta el momento han resultado menos ‘visibles’, sino ‘invisibles’, desde la idea de ‘estudios culturales’, pero que se hacen ‘visibles’ al pensar en términos de ‘cultura y poder’, como por ejemplo los de Lourdes Arizpe, Roger Bartra, Guillermo Bonfil Batalla, Adolfo Colombres, Manuel Moreno Fraginals, Elizabeth Jelin (ver Antonelli, 2001), Aníbal Quijano (ver Pajuelo, 2002), Rodolfo Stavenhagen, y muchos otros. Y desde luego también incluye las prácticas de numerosos creadores literarios, ensayistas y proyectos editoriales, ya conocidos como por ejemplo Carlos Monsivais, Eduardo Galeano y revistas como la argentina *Crisis* fundada por Galeano. Sin embargo, por todo lo expuesto, el campo no se limita a la producción de escritos, a lo que hacemos en los márgenes de ‘la ciudad letrada’ (Rama, 1985), sino que incluye más, incluye otras prácticas que están ahí y habitualmente no las vemos, y que por lo mismo debemos hacer ‘visibles’. Me refiero, por ejemplo, a las que desarrollan muchos intelectuales fuera de la academia que aunque también tienen carácter reflexivo están orientadas a la acción, acompañando o apoyando a diversos actores sociales, y también otras que su solo enunciado desestabiliza un tanto los estereotipos que manejamos de que es y que no es un ‘intelectual’.

Como decía páginas atrás, es imposible nombrar todo el campo en su vastedad, diversidad y dinamismos, por lo que, aceptando *a priori* la imposibilidad de ser exhaustivo, puede ser útil ofrecer algunos ejemplos ilustrativos de a qué tipos de prácticas que van más allá de la academia o que tienen lugar totalmente fuera de ella estoy aludiendo. Aludo por ejemplo a las de Mariátegui y Arguedas (ver Baptista, 2001), Paulo Freire (1970, 1973) (ver Basile, 2001; El Achkar, 2001) y Orlando Fals Borda (1986), y a las de numerosos intelectuales latinoamericanos que han mantenido y mantienen prácticas dentro y fuera de la academia y que por tanto no necesariamente, o no siempre ni solo, hacen ‘estudios’. Pero, también a las de diversos movimientos teatrales y sus teóricos activistas, como por ejemplo Augusto Boal (1980) y el Grupo Olodum (ver Sant’Anna, 2002), Eduardo Pavlovsky (1994) y otros; o la del movimiento zapatista en Mé-

xico con su magistral manejo de lo simbólico; los movimientos e intelectuales indígenas en casi todos los países de la región, pero particularmente en Chile, Bolivia, Ecuador, Colombia y Guatemala, y algunas de sus figuras públicas del peso de Rigoberta Menchú y Luis Macas (ver Dávalos, 2001); el movimiento afrolatinoamericano, con su diversidad de intelectuales y organizaciones (ver Illia García, 2002; Jesús “Chucho” García, 2002; Walsh y García, 2002); el movimiento feminista y sus intelectuales no solo en la academia (ver Vargas, 2001); el movimiento de derechos humanos; el de víctimas y familiares de víctimas de la represión; diversos movimientos organizados en torno a expresiones musicales (la nueva canción, los rock críticos, etc.); movimientos de artistas visuales que frecuentemente trascienden este adjetivo (por ejemplo la Nueva Escena en Chile); el trabajo de numerosos humoristas gráficos (Quino, Rius, Zapata, y otros), el de cineastas (novo cinema brasileiro y otros); experiencias en proceso de diversos tipos alternativos de universidades, como la Intercultural de los Pueblos Indígenas (ver Dávalos, 2002) y la de las Madres de la Plaza de Mayo (ver Basile, 2001), etc.

4. ALGUNAS TENDENCIAS RECIENTES A LA EXCLUSIÓN DE CIERTAS PRÁCTICAS INTELECTUALES

En las universidades latinoamericanas (y seguramente también en otras latitudes) cada vez parece hacerse más hegemónica la representación de la idea de ‘intelectual’ que se asocia fuertemente a la idea de ‘investigación’, y que en muchos casos ‘imagina’ a esta última como algo que solo se hace en ‘la academia’. Es necesario cuestionar esta representación hegemónica que asocia –y entre muchos de nosotros hace casi intercambiables– las ideas de ‘intelectual’, ‘investigador’ y ‘académico’. Para ello puede ser útil poner de relieve al menos uno de los factores que la fortalecen. Este es que en las últimas dos décadas han venido ganado terreno en América Latina ciertos discursos ‘modernizadores’ de ‘la ciencia’ y las universidades (que por lo demás calificaría de ‘tardíos’) que desde gobiernos y medios universitarios procuran normar, delimitar y controlar las prácticas intelectuales en términos de productividades, medidas éstas por indicadores tales como cantidad de publicaciones en medios arbitrados,

especialmente en revistas de circulación internacional; cantidad de citas de sus obras hechas por sus colegas; etc. Para ello los actores que promueven esos discursos han instituido –y reproducido sin reflexión crítica– ciertos sistemas llamados de ‘estímulo de la investigación’ (hasta donde sé, al menos en Argentina, Brasil, Colombia, México y Venezuela), a través de los cuales se distribuyen dineros en relación precisamente a tales tipos de indicadores, fortaleciendo así una idea de ‘ciencia’: objetiva, neutra, academicista, etc. Por estas razones muchos de quienes no compartimos esa idea de ‘ciencia’ hemos colaborado, bien activamente, bien por omisión, en el establecimiento de estos sistemas llamados de ‘estímulo a la investigación’, que lejos de serlo a todo tipo de investigación, lo son solo a ciertos tipos de ella, en general normada según valores y criterios propios de las llamadas ‘ciencias duras’ (física, química, etc.).

El caso es que una de las consecuencias de estos discursos ‘modernizadores tardíos’, y de los sistemas de ‘estímulos a la investigación’ sustentados en ellos, es que tienden a disociar las prácticas intelectuales de sus relaciones con las de otros actores sociales, sea de movimientos sociales, o de lo que sea pero que huelga a práctica extracadémica. Tienden a deslegitimar las prácticas intelectuales que no estén orientadas a la producción de publicaciones arbitradas; que no se estructuren desde una cierta lógica de una supuesta ‘excelencia académica’ que se construye a imagen y semejanza de la de las llamadas ‘ciencias físico-naturales’, y así pretendidamente ‘neutral’, ‘objetiva’, etc. Así, estos discursos ‘modernizadores’ tienden a deslegitimar ideas como las de sostener algún tipo de relaciones con actores sociales extracadémicos, y a desvincular el trabajo intelectual de la reflexión ética y política.

Lo más grave del caso es que en este punto en particular, el del aislamiento académico, los discursos ‘modernizadores’ se encuentran con la desesperanza y el ‘nomeimportismo’ que según algunos caracterizarían a los tiempos actuales y a los por venir. Tiempos que quienes así ven las cosas suelen llamar “posmodernos”; y en tal sentido frecuentemente no solo pos-grandes épicas humanas, sino también pos-cualquier afán de cambio, y por tanto de intervención. Así, estos discursos, proclamadamente ‘posmodernistas’, suelen promover actitudes intelectuales que si bien dan el paso necesario de la autoreflexión sobre el trabajo intelectual, y el también necesario de la crítica a la ‘ciencia’ y a las lógicas de las disciplinas académicas, asumen estos pasos necesarios como suficientes, y así tienden a sumir el trabajo intelectual en la autocontemplación, y con ella en el

asilamiento, que es precisamente donde se encuentran con los discursos ‘modernizadores (tardíos)’.

El problema que no se ha visto, o que se ha procurado invisibilizar, es que tanto las preguntas de investigación, como los modos de producción de las investigaciones (lo que usualmente se llama métodos) dependen en última instancia de esa reflexión ética y política, del cultivo efectivo de relaciones con actores sociales extracadémicos. Las posiciones éticas y políticas son constitutivas de las preguntas y de los métodos, y así son –en última instancia– determinantes del piso epistemológico y de las perspectivas teóricas de nuestras investigaciones; y así también de sus resultados (tanto en su contenido, como en su forma: publicaciones). De las respuestas a las preguntas de ¿para qué? y ¿para quién/es investigar? depende qué investigar, cómo, con quiénes, en el marco de cuáles relaciones, con cuáles propósitos, si acaso acabaríamos produciendo una publicación en papel y tinta o qué ‘cosa’ (un video, una cinta de audio, un programa de acción, un programa educativo, etc.), y cómo pensamos que tales ‘cosas’ deberían o podrían circular y/o ser útiles, a quiénes, qué importancia tendrían los resultados y cuál los procesos/experiencias. De estas respuestas depende también: ¿Cómo evaluar estas experiencias? ¿Mediante cuáles procesos? ¿Con la participación de cuáles tipos de actores sociales? ¿Con cuáles indicadores?

Adicionalmente, me parece que debemos tomar en cuenta algunos aspectos de los procesos de globalización contemporáneos, por cuanto éstos se han caracterizado entre otros fenómenos, en que algunos son muy significativos para nuestra reflexión. Me refiero, entre otros, a los dos factores siguientes: a) el desarrollo de nuevas formas de relaciones transnacionales entre actores sociales, incluyendo instituciones y ‘comunidades académicas’, lo cual aplica tanto a las agendas modernizadoras, como a otros casos que incluyen relaciones transnacionales entre intelectuales, redes, asociaciones, publicaciones, fundaciones, etc.; b) el desarrollo y combinación entre sí de algunas tendencias resultantes en buena medida de la hegemonía de las ideas neoliberales y las reformas sociales (lo cual incluye las políticas económicas) asociadas a ellas, desde luego esta hegemonía y alcance que también se relaciona entre factores diversos con algunos como los mencionados en el literal a).

Entre esas tendencias asociadas a las reformas de inspiración neoliberal, me parecen particularmente significativas para esta reflexión tanto las de reducción del gasto público (en especial pero no solo en áreas co-

mo la educación universitaria) como la de la profundización de algunas formas de división social del trabajo y la ‘profesionalización’ (diferenciación, regulación) de algunas prácticas antes claramente ‘intelectuales’ (marcadamente políticas), hoy transformadas y codificadas cada vez más como ‘profesionales’ (más técnicas, más instrumentales, aparentemente ‘apolíticas’). Con esto último me refiero particularmente a las que llevan a cabo no pocos colegas (es decir graduados universitarios en campos semejantes a los nuestros) tanto en organismos gubernamentales nacionales y provinciales, como en organismos municipales y en organizaciones no-gubernamentales (los más, aunque cada vez menos). El caso es que la combinación de todas estas tendencias parece redundar, entre otras cosas, en una menor y escasa incorporación de colegas jóvenes a las universidades, y en la creciente tendencia a que estos colegas jóvenes cuando logran conseguir trabajos relacionados con lo que estudiaron acaben trabajando no como ‘intelectuales’ (según la figura más en boga tiempo atrás que en nuestros días) o ‘académicos’ (según la figura que viene ganando posiciones), sino como ‘profesionales’ en organismos municipales y/o en organizaciones no-gubernamentales⁶.

Lo importante del caso es que muchas de las prácticas intelectuales que se desarrollan en organismos gubernamentales y en organizaciones no gubernamentales, así como aquellas que desarrollan intelectuales-activistas en movimientos sociales, y artistas en diversos ámbitos, tienen componentes reflexivos, aunque estos no asuman la forma de ‘estudio’. Pero, no solo eso, sino que además muchas de ellas suponen formas de producción de conocimientos o saberes (en casos como el del movimiento indígena frecuentemente asentados sobre tradiciones milenarias) que no solo la academia más convencional no ha logrado ver, sino que tampoco lo han hecho los ‘estudios culturales’ pretendidamente transdisciplinarios o no-disciplinarios. Su nombre los condiciona y se quedan en lo de ‘estudios’.

El reto que tenemos planteado es cuestionar estas formas de división del trabajo y de exclusión y/o invisibilización de algunas prácticas intelectuales

El campo es vasto y no me propongo acotarlo, sino solamente sugerir su vastedad y diversidad. Las enumeraciones de ejemplos hechas más arriba, lo mismo que las provistas por los estudios que conforman esta colección, solo tienen carácter ilustrativo. El intento al ofrecer esos ejemplos es únicamente el de hacer visible un poco de lo que habitualmente no vemos.

5. PARA CONTINUAR CONVERSANDO

Este texto responde a un interés: intervenir consciente y críticamente frente al acelerado proceso de institucionalización de los así llamados ‘estudios culturales latinoamericanos’, y procurar que este no se convierta en una nueva experiencia de auto-subordinación, sino en un reto, una oportunidad para reflexionar acerca de nuestras prácticas, y acerca de las relaciones entre nuestras prácticas y los contextos en que vivimos y con las de colegas y potenciales aliados de otras latitudes. Claramente abogo por esto último y creo que es posible y deseable trabajar activamente en ello. En este sentido me parece relevante tomar en cuenta el factor propio de estos tiempos de globalización que mencioné anteriormente, la tendencia al creciente relacionamiento transnacional entre intelectuales.

Me gustaría poder lograr que reflexionemos acerca de cómo se relacionan las propuestas epistemológicas, teóricas y políticas de los *Cultural Studies* con los contextos sociales e institucionales en los cuales nos movemos la mayoría de quienes vivimos y trabajamos en América Latina. Y, en consecuencia, que nos preguntemos acerca de cuáles son las mejores maneras de responder a los retos planteados por la institucionalización en marcha, y de aprovechar las oportunidades que hoy nos presentan las crecientes y aceleradas relaciones transnacionales entre comunidades intelectuales y movimientos sociales.

En otras palabras, frente a la creciente institucionalización de los *Cultural Studies* y con ellos, de los así llamados *Latin American Cultural Studies* en los países de habla inglesa, quisiera que nos preguntáramos si la mejor respuesta es traducir de manera literal y descontextualizada la denominación en inglés, y así, hablar de ‘estudios culturales latinoamericanos’. Es necesario puntualizar que ‘traducir’ de tal manera, puede conducir, y en ocasiones conduce, sea de manera consciente o no, a adoptar la idea y el sistema de intereses de investigación, métodos, bases epistemológicas y referencias de autores y obras fundadoras, a los cuales buscarles similitudes directas en América Latina. ‘Traducir’ la idea de tal manera descontextualizada puede conducir, y en ocasiones conduce, a ‘descubrir’ entre nosotros a unos pocos autores ‘elegibles’, para, junto a sus obras, colocar las de quienes más recientemente han adoptado como referencias canónicas lo que se hace en inglés. ‘Traducir’ de esa forma, puede conducir, y en ocasiones conduce, a que sea con esta imagen del campo en mente nos preguntemos quiénes han sido nuestros predecesores en América La-

tina, y que así construyamos una representación de un campo de prácticas intelectuales, o simplemente académicas, que no sería sino una versión adjetivada de los *Cultural Studies* que se hacen en inglés; que son de los que en definitiva proviene esa *marca registrada*, los cuales además mediante esta misma operación ven confirmada su centralidad, su condición metropolitana.

A mí me parece que esa versión adjetivada geo-regionalmente no puede ser sino un espejo deformado de las propuestas de los *Cultural Studies* que se hacen en inglés y de los *Latin American Cultural Studies* que surgen como combinación de los *Cultural Studies* con la tradición de los *Latin American Studies*.

Lo que propongo no es adoptar una posición esencialista, aislacionista, fundamentalista, ni folklorizante. No, no se trata de eso. Al contrario, propongo una posición abierta, de diálogo e intercambio. Propongo que veamos al proceso de institucionalización de los *Cultural Studies* que se hacen en inglés sin vocación de autosubordinación, sino simplemente con conciencia de contexto, de diferencia, de relaciones de poder, con actitud crítica y mirada transdisciplinaria. Así, podríamos ver cómo (ver las formas en las cuáles) la institucionalización de ese movimiento puede constituirse para nosotros en una oportunidad de intercambios intelectuales y construcción de alianzas estratégicas para impulsar renovaciones de interés en el ámbito de las universidades y sociedades latinoamericanas, y que a nuestra vez también podemos brindarle a ese movimiento propuestas renovadoras. Pienso que antes que traducir descontextualizadamente la idea de *Cultural Studies* resulta epistemológica, ética y políticamente más fructífero mirar a nuestro alrededor más inmediato y encontrar las maneras de nombrar todo eso que en términos de *cultura y poder* está pasando –y que viene pasando a nuestro derredor desde hace ya mucho tiempo– de hacerlo más visible y aprender de y con esas otras experiencias cercanas.

Nombrar instituye, y al instituir se generan mecanismos de producción, circulación, control y delimitación de los discursos (Foucault, 1980), y de las prácticas claro, y con ellos sistemas de legitimación. Es por eso que propongo nombrar a este campo, dinámico, en movimiento, y sin límites precisos ‘estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder’.

Así, la perspectiva que aquí propongo está orientada a dos objetivos. Por un lado a criticar la despolitización que crecientemente caracteriza a los *Cultural Studies* que se hacen en inglés, lo cual entre otras cosas ocu-

re porque no se cuestiona el esquema de división del trabajo vigente, ni la especialización academicista que éste induce. Y por el otro a hacer posible la visibilización de un campo de prácticas intelectuales más amplio que el habitualmente referido con las ideas de *Cultural Studies* y estudios culturales. Un campo que es transdisciplinario, crítico y contextualmente referido. Particularmente por esto último remito mi argumentación a América Latina y no a lo que ocurre en inglés. No obstante, tanto por lo argumentado en páginas anteriores respecto de los diálogos transnacionales en que participamos –los cuales creo deseable profundizar– como por lo ya comentado sobre lo observado en Asia, pienso que la perspectiva propuesta debe verse a escala mundial, y así hablar simplemente del *campo de estudios y otras prácticas intelectuales en cultura y poder*, sin adjetivos regionales.

NOTAS

- 1 Las ideas expuestas en este texto las he presentado en diferentes foros y, a partir de las preguntas, críticas y comentarios recibidos en ellos, las he reelaborado en sucesivas oportunidades.
- 2 Limitaciones de espacio me impiden explayarme sobre este tema que he tratado en ocasiones anteriores (ver ej. Mato, 1998c y Mato, 2000b).
- 3 He argumentado acerca de los problemas de la denominación ‘industrias culturales’ en publicaciones anteriores (ej. Mato, 2001b).
- 4 He expuesto esto en una carta a los colegas de la Society for Latin American Anthropology (*Anthropology Newsletter*, 1996) y en una carta conjunta con el colega Henry Dietz a los de la Latin American Studies Association (*LASA Forum*, 1998). También he argumentado más sobre este asunto e impulsado una respuesta crítica a través de un número especial de la revista *Identities*, que incluyó un dossier sobre Chiapas (ver Mato, 1996b).
- 5 Para una exposición más amplia acerca del encuentro de la Red Inter-Asia Cultural Studies, y notas comparativas entre las prácticas de estos colegas y las que desarrollamos en América Latina, ver Mato, 2001c.
- 6 Para una reflexión sobre el trabajo desarrollado desde algunas organizaciones no-gubernamentales ver el texto de Xavier Albó “Lo centrífugo y lo centrípeto de las identidades locales” (1996).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Albó, Xavier. 1996. "Lo centrífugo y lo centrípeto de las identidades locales". *América Latina en tiempos de globalización: procesos culturales y transformaciones sociopolíticas*. Mato, Daniel, Maritza Montero y Emanuele Amodio, coords. Caracas: UNESCO / Asociación Latinoamericana de Sociología / UCV: 227-240.
- Antonelli, Mirta. 2001. "Nuevos escenarios/nuevas interlocuciones. Para repensar las exclusiones. Elizabeth Jelín, Néstor García Canclini, Daniel Mato". *RELEA, Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados* (Caracas), 14.
- Ardao, Arturo. 1980. *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- Basile, Teresa. 2001. "Educación y política. La Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas), 7.3: 131-150.
- Bermúdez, Emilia. 2002. "Procesos de globalización e identidades". *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Mato, Daniel, comp. Caracas-Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Beverly, John. 1996. "Estudios culturales y vocación política". *Revista de Crítica Cultural* (Santiago), 12: 46-52
- Boal, Augusto. 1980. *Teatro del oprimido*. México: Ed. Nueva Imagen, 2 tomos.
- Burgin, Victor. 1990. "Cultural Studies in Britain: 'Two Paradigms'". *Center for Cultural Studies Newsletter* (Santa Cruz), 4-7.
- Dávalos, Pablo. 2002. "Movimiento indígena ecuatoriano: construcción política y epistémica". *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Mato, Daniel, comp. Caracas-Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO.
- Del Sarto, Ana. 2001. "Disonancias entre las ciencias sociales y la 'crítica cultural'. Aportes y límites de un 'diálogo cómplice'". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas), 7.3: 259-278.
- El Achkar, Soraya. 2001. "Liberación dialógica del silencio: una intervención política cultural". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas), 7.3: 111-132.
- Fals Borda, Orlando. 1986. *Conocimiento y Poder Popular*. Bogotá: Siglo XXI.
- Ferreira, Maria Candida. 2001. "'Só me interessa o que não é meu': a antropofagia de Oswald de Andrade". *RELEA, Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados* (Caracas), 14.
- Foucault, Michel. 1980; (1970). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Freire, Paulo. 1970. *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- _____. 1993. *Pedagogía de la esperanza*. México: Siglo XXI.

- García, Illia. 2002. "Representaciones de identidad y organizaciones sociales afro-venezolanas". *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Mato, Daniel, comp. Caracas-Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO: 133-144.
- García, Jesús "Chucho". 2001. "Encuentros y desencuentros de los 'Saberes': en torno a la africanía latinoamericana". *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Mato, Daniel, comp. Caracas-Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO, 145-152.
- García Canclini, Néstor. 1991. "Los estudios culturales de los 80 a los 90: perspectivas antropológicas y sociológicas". *Punto de Vista* (Buenos Aires), 14. 40: 41-48.
- García Canclini, Néstor, comp. 1995. *Cultura y pospolítica*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes: 17-38.
- Grimson, Alejandro y Mirta Varela. 2001. "Audiencias y culturas populares. Estudios de comunicación y cultura en la Argentina". *RELEA, Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados* (Caracas), 14.
- Grossberg, Lawrence. 1993. *Cultural Studies: What's in a Name?* B. Aubrey Fisher Memorial Lecture, University of Utah.
- Grossberg, Lawrence. 1993 "The Cultural Studies Crossroads Blues". *European Journal of Cultural Studies* (London), 1.1: 65-82
- Hall, Stuart. 1996. "Cultural Studies and its Theoretical Legacies". *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*. Morley, David, y Kuan Hsing Chen, eds. Londres: Routledge.
- Heller, Scott. 1990. *Cultural Studies: Eclectic and Controversial Mix of Research Sparks a Growing Movement. Newsletter* (Santa Cruz), 2-4.
- Hernández, Carmen. 2001. "Crítica a la exotización y a la sociologización del arte latinoamericano". *RELEA, Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados* (Caracas), 14.
- Juhász-Mininberg, Emeshe. 2001. "Puerto Rico y las fronteras de la identidad nacional: estudios recientes sobre cultura y poder". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas) 7.3: 197-218.
- Maccioni, Laura, 2001. "Nuevos significados de 'política', 'cultura' y 'políticas culturales' durante la transición a la democracia en los países del cono sur". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas), 7.3: 239-258.
- Mato, Daniel. 1995. *Crítica de la modernidad, globalización y construcción de identidades*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- _____. 1996. "On the Theory, Epistemology, and Politics of the Social Construction of 'Cultural Identities' in the Age of Globalization". *Identities: Global Studies in Culture and Power* (New Hampshire), 3(1-2): 61-72.

- _____. 1996b. "The Indigenous Uprising in Chiapas: The Politics of Institutionalized Knowledge and Mexican Perspectives". *Identities: Global Studies in Culture and Power* (New Hampshire), 3(1-2): 205-218.
- _____. 1997a. "On Global-Local Connections, and the Transnational Making of Identities and Associated Agendas in Latin America". *Identities: Global Studies in Culture and Power* (New Hampshire), 4,2: 167-212.
- _____. 1997c. "Globalización, organizaciones indígenas de América Latina, y el festival of American Folklife de la Smithsonian Institution". *Revista de Investigaciones Folklóricas* (Buenos Aires), 12: 112-119.
- _____. 1997d. "Culturas indígenas y populares en tiempos de globalización". *Nueva Sociedad* (Caracas), 149: 100-113.
- _____. 1998a. "On the Making of Transnational Identities in the Age of Globalization: The U.S. Latina/o-'Latin' American Case". *Cultural Studies* (Chapel Hill, N.C.), 12,4: 598-620.
- _____. 1998b. "Culture, Development, and Indigenous Peoples in the Age of Globalization: The 1994 Smithsonian's Folklife Festival and the Transnational Making of Representations". *Cultural Studies* (Chapel Hill, N.C.), 12,2: 193-209.
- _____. 1998c. "Remarks on New Approaches to Area Studies". Ponencia presentada en la sesión especial 'New Approaches to Area Studies' en el XXI International Congress of the Latin American Studies Association, Chicago, 24-27 de septiembre.
- _____. 1999. "Globalización, representaciones sociales y transformaciones socio-políticas". *Nueva Sociedad* (Caracas), 163: 152-163
- _____. 2000. "Towards a Transnational Dialogue and Context Specific Forms of Transnational Collaboration: Recent Studies on Culture and Power in Latin America and What our English Speaking Colleagues call Cultural Studies". Texto de la conferencia ofrecida como Plenary Speaker en la 3rd International Crossroads in Cultural Studies Conference, Birmingham, 21-25 de junio del 2000.
- _____. 2000b. "'Not Studying the Subaltern', but Studying with 'Subaltern' Social Groups the Global-Local Articulations of Power". *Nepantla-Views from South* (Durham, N.C.), 1,2.
- _____. 2001a. "Producción transnacional de representaciones sociales y transformaciones sociales en tiempos de globalización". *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Daniel Mato, comp. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO: 127-159.
- _____. 2001b. "Des-fetichizar la 'globalización': basta de reduccionismos, apoloías y denonizaciones, mostrar la complejidad y las prácticas de los actores". *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Buenos Aires: CLACSO: 147-178.
- _____. 2001c. "The 2000 Inter-Asia Cultural Studies Conference". *Journal of Inter-Asia Cultural Studies* (London), 2,2.

- Martín-Barbero, Jesús. 1997. “‘Nosotros habíamos hecho estudios culturales mucho antes que esta etiqueta apareciera’. Entrevista a Jesús Martín-Barbero”. *Dissens* (Bogotá), 3: 47-53.
- Mignolo, Walter. 1996. “¿Los estudios subalternos son posmodernos o poscoloniales?: la política y las sensibilidades de las ubicaciones geográficas”. *Casa de las Américas* (La Habana), 204: 20-39
- . 1997. “Espacios geográficos y localizaciones epistemológicas: la ratio entre la localización geográfica y la subalternización de conocimientos”. *Dissens* (Bogotá), 3: 1-18.
- Mignolo, Walter. 2001. “Descolonización epistémica y ética: la contribución de Xavier Albo y Silvia Rivera Cusicanqui a la reestructuración de las ciencias sociales desde los Andes”, *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas), 7.3: 175-196.
- Nelson, Cary, Paula Treichler, and Lawrence Grossberg. 1992. “Cultural Studies: An Introduction”. *Cultural Studies*. Lawrence Grossberg, C. Nelson, and P. Treichler, eds. New York: Routledge:1-16.
- Ochoa Gautier, Ana. 2001. “Políticas culturales, academia y sociedad: (In)mediaciones”. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas), 7. 3, 219-238.
- Pavlovsky, Eduardo. 1994. *La ética del cuerpo, conversaciones con Jorge Dubatti*. Buenos Aires: Las Ediciones Babilonia.
- Pajuelo, Ramón. 2002. “El lugar de la utopía. Aportes de Aníbal Quijano sobre cultura y poder”, *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Mato, Daniel, comp. Caracas-Buenos Aires: CLACSO: 225-234.
- Poblete, Juan. 2002. “Trayectoria conceptual de Ángel Rama: de la dialéctica de la producción cultural entre autores y público”. *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Mato, Daniel, comp. Caracas-Buenos Aires: CLACSO: 247-254.
- Rama, Ángel. 1985. *La ciudad letrada*. Montevideo: Fundación Ángel Rama.
- Ríos, Alicia. 2001. “La tradición culturalista en América Latina”. *RELEA, Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados* (Caracas), 14.
- Rosas Mantecón, Ana. 2002. “Los estudios sobre consumo cultural en México”. *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Mato, Daniel, comp. Caracas-Buenos Aires: CLACSO: 255-264.
- Sant’Anna, Catarina. 2002. “Poder e Cultura: lutas através do teatro”. *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Mato, Daniel, comp. Caracas-Buenos Aires: CLACSO: 265-276.
- Sovik, Liv. 2001. “Dependência Cultural e Identidade Brasileira: um entre-lugar para a cultura de massa”. *RELEA, Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados* (Caracas), 14.
- Storey, John. 1996. *What is Cultural Studies? A Reader*. Londres: Arnold.
- Sunkel, Guillermo. 2001. “Una mirada otra. La cultura desde el consumo”. *Estu-*

- dios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Mato, Daniel, comp. Caracas-Buenos Aires: CLACSO.
- Tinker Salas, Miguel y María Eva Valle. 2002. "Cultura, poder e identidad: la dinámica y trayectoria de los intelectuales chicanos en los Estados Unidos". *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Mato, Daniel, comp. Caracas - Buenos Aires: CLACSO:, 295-306.
- Turner, Graeme. 1992 [1990]. *British Cultural Studies: An Introduction*. Londres: Routledge.
- Vargas Valente, Virginia. 2001. "Los feminismos latinoamericanos en su tránsito al nuevo milenio". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas), 7.3: 151-174.
- Walsh, Catherine, y Juan García. 2002. "El emergente pensar afroecuatoriano. Reflexiones (des)de un proceso". *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Mato, Daniel, comp. Caracas-Buenos Aires: CLACSO: 317-326.
- Wortman, Ana. 2001. "El devenir de lo político cultural en la Argentina. ¿Una nueva cultura o nuevas subjetividades del pensamiento?". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas), 7.3: 279-296.
- Yúdice, George. 2001. "Los estudios culturales y la nueva división internacional del trabajo cultural, o cómo se colabora y se contiene en la construcción de una transdisciplina transnacional". *RELEA, Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados* (Caracas), 14.